

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, A SU SANTIDAD EL PAPA

JUAN PABLO II

EL VATICANO, 22 de Abril de 1991.

Santísimo Padre:

En nombre del pueblo de Chile, agradezco muy sinceramente su amable recepción y sus generosas palabras, que revelan una vez más la especial preocupación del Pastor de la Iglesia Universal por una nación que ha escuchado con buena voluntad su mensaje de amor entre los hombres.

Chile no olvida y agradecerá siempre la sabia mediación de Su Santidad que logró la paz con la hermana República Argentina. La colaboración entre nuestras naciones hoy empieza a producir sus frutos.

Aún están vivas en el corazón de los chilenos las enseñanzas de su fecunda visita pastoral. No cayeron en tierra estéril. Como Vuestra Santidad dijo a nuestros jóvenes, recordando el episodio de la hija de Jairo, los valores del espíritu no estaban muertos, sino sólo dormidos. Al despertar, han infundido a nuestro pueblo la sabiduría y el coraje necesarios para poner en práctica su sentencia de que "Chile tiene vocación de entendimiento y no de enfrentamiento". Estamos empeñados en la tarea de unir a la familia nacional. Sabemos que, como Su Santidad lo proclamó con vigor entre nosotros, "el amor es más fuerte".

No puedo ocultar la emoción que experimento, como hijo de la Iglesia, al ser recibido por Vuestra Santidad en mi carácter de Presidente de la República de Chile. Aviva esa emoción el recuerdo de que ésta es la primera visita de un Jefe de Estado chileno a la Santa Sede desde que, hace 25 años, vuestro venerable antecesor Pablo VI recibiera a mi entrañable amigo el Presidente Eduardo Frei, testimonio en nuestra patria de un gran político católico.

Consciente de la especial preocupación con que Su Santidad ha seguido el proceso histórico que Chile está viviendo, creo mi deber decirle que la palabra de Su Santidad ha sido para nosotros un permanente estímulo en la tarea de unir a la familia chilena y consolidar nuestra democracia, sobre las bases del respeto a la dignidad de las personas, el desarrollo económico y la justicia social.

En este afán, estamos poniendo el mayor empeño en la tarea de curar las heridas generadas por pasados atropellos a derechos humanos esenciales. Porque sabemos que la paz es obra de la verdad y de la justicia, procuramos alcanzar la reconciliación entre los chilenos mediante el esclarecimiento de la verdad y la búsqueda de la justicia en la medida de lo posible.

La constitución de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación tuvo ese objetivo. Su informe ha sido recibido por el país con entereza y madurez. En nombre de la Nación, he instado a todos mis compatriotas a aceptar esa verdad y he pedido perdón a los familiares de las víctimas. La tarea no está concluida; pero con estos fundamentos éticos estamos enfrentando este doloroso capítulo de nuestra historia, con la esperanza de que jamás vuelva a repetirse.

El pueblo de Chile no ha recorrido solo este camino de dolor y reencuentro. A su lado ha estado siempre su Iglesia. Creyentes y no creyentes, todos en Chile reconocemos en la Iglesia y en su Conferencia Episcopal, su permanente testimonio de respeto y promoción a la persona humana. En nombre del pueblo de Chile agradezco en el Pastor Universal la labor desempeñada por la Iglesia chilena, por sus sacerdotes, por sus Obispos y sus Cardenales Raúl Silva Henríquez y Juan Francisco Fresno. Ella es un ejemplo que nos enorgullece como católicos y como chilenos.

Mi gobierno está comprometido en la construcción de una sociedad más justa y más humana, particularmente para los más pobres. Queremos avanzar decididamente hacia una "economía de la solidaridad". Nos motiva y apremia la certeza de que "los pobres no pueden esperar". En esta tarea existe un consenso nacional y, aunque sabemos que el camino es largo, las políticas sociales implementadas están dando sus primeros frutos.

En vísperas de la celebración del centenario de la Encíclica "RERUM NOVARUM", queremos renovar nuestro compromiso con la justicia social y continuar en la senda que nos mostrara el Padre Alberto Hurtado, piadoso sacerdote chileno cuya vida y obra concita general veneración en nuestra patria.

El mundo contemporáneo, junto con desplegar su infinita capacidad de invención, sufre cierta deshumanización. Para corregirla, mi Gobierno ve en el desarrollo y protección de la familia y en la defensa de la vida en todas sus formas, tareas preferentes de sus políticas sociales.

La amenaza de pequeños grupos extremistas que tratan de perturbar nuestro proceso mediante hechos criminales que suscitan general reprobación, no nos apartará de nuestro camino. Hacemos todo lo necesario para asegurar la paz social.

Vientos esperanzadores recorren el mundo en la formación de un nuevo orden internacional. El gobierno de Chile comparte plenamente los valores que la Santa Sede ha expuesto como las bases de una sana convivencia entre las naciones: la solución pacífica de las controversias, el respeto a los derechos humanos, el freno a la carrera armamentista, la solidaridad económica internacional.

Vuestra Santidad ha otorgado atención preferente a los duros problemas que azotan a los países más pobres y en particular a los de América Latina. Chile está comprometido activamente en crear las condiciones económicas que permitan a nuestro Continente unirse para participar en la economía internacional, no como una región que recibe dádivas de los poderosos, sino como una comunidad capaz de abrirse un espacio por sí misma. Ello requiere, por cierto, que el nuevo orden internacional establezca bases equitativas en las relaciones entre el Norte y el Sur.

Su Santidad ha hecho suyos los dolores del mundo y hace también suyas sus alegrías. Quisiera hoy entregarle el testimonio de un buen pueblo que ha vivido penosas pruebas y que hoy, con decisión y esperanza, está construyendo el reencuentro nacional.

Deseo reiterar a Su Santidad nuestro profundo anhelo de que nos visite nuevamente, ojalá en un tiempo no muy lejano, con motivo del V Centenario de la Evangelización de América.

Permítame, finalmente, implorar a Su Santidad su bendición apostólica para toda la familia chilena, que por historia y por vocación, quiere ser fiel a los valores cristianos.

* * * * *

EL VATICANO, 22 de Abril de 1991.

MLS.